

En FLACSO, *Procesos Sociales, población y Familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*. D.F (México): Plaza y Valdes.

Bienestar económico y desigualdad social en los hogares del Gran Buenos Aires durante la política neoliberal.

Salvia, Agustín y Donza, Eduardo.

Cita:

Salvia, Agustín y Donza, Eduardo (2001). *Bienestar económico y desigualdad social en los hogares del Gran Buenos Aires durante la política neoliberal*. En *FLACSO Procesos Sociales, población y Familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*. D.F (México): Plaza y Valdes.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/216>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/cYU>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Lic. Agustín Salvia¹

Colaborador: Lic. Eduardo Donza

1. Introducción

El objetivo del presente trabajo es contribuir al análisis y debate de los principales problemas sociales que afectan a la Argentina de finales de la década del noventa. Para ellos se presentan evidencias sobre los niveles y evolución de la desigualdad en la distribución del ingreso y en las oportunidades económico-laborales de los hogares particulares del Gran Buenos Aires para el período 1990-1998.

La fuente de información utilizada en esta investigación es la microinformación proveniente de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), la cual ha permitido trabajar con estratos definidos de manera alternativas, estimar los ingresos no declarados por tipo de fuente, ajustar los ingresos por factores demográficos y el sistema de precios.

2. El Problema

La distribución social del ingreso, las oportunidades laborales y el bienestar económico constituyen indicadores obligados de equidad, eficiencia y calidad social en cualquier modelo de desarrollo.

Esto es así debido a que la actividad económica, las condiciones en que operan los mercados y, de manera especial, el impacto que generan las políticas públicas de recaudación impositiva y orientación del gasto, ejercen, por lo general, efectos directos e indirectos sobre las oportunidades de vida, la movilidad social y el grado de desigualdad de una sociedad.

Al respecto, diferentes modelos teóricos han cuestionado el enfoque tradicional, tratado de explicar una relación directa entre crecimiento y desigualdad, la cual dependería básicamente del tipo de factores que genera el crecimiento (cambio tecnológico, acumulación de capital humano, sistema de precios, utilización intensiva

¹ Sociólogo. Candidato a Doctor en Ciencias Sociales (El Colegio de México). Investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires e investigador del PIETTE-CONICET. El procesamiento de los datos y parte del análisis que se presentan en este trabajo fueron realizados por el Lic. Eduardo Donza.

de fuerza de trabajo, etc.). En cualquier caso, ningún modelo parece arrojar un resultado concluyente en cuanto al signo de esta relación.²

Desde otra perspectiva, se sostiene una causalidad inversa –la desigualdad afecta al crecimiento- en la medida que impone un contexto social conflictivo, de fuertes demandas políticas redistributivas, que generan una situación insostenible por parte del Estado. Tales presiones deben ser financiadas vía mayores impuestos y más progresivos afectando las ganancias netas y bajando los incentivos a la inversión. Todo lo cual genera una caída en la acumulación de capital y la generación de empleo.

En este marco, una distribución progresiva del ingreso contribuye –por vía de la actividad económica- al fortalecimiento de los mercados y del sistema político democrático, aspectos fundamentales del proceso de modernización y de las legítimas aspiraciones de una sociedad. Por el contrario, elevados niveles de inequidad en el sistema de oportunidades y en la estructura distributiva profundiza los desajustes institucionales, obliga a utilizar en forma ineficiente los recursos escasos de una sociedad, segmenta los mercados y genera formas poco equilibradas –y potencialmente conflictivas- de absorber los costos de las crisis y de repartir los beneficios del progreso económico de un país.

En los últimos años Argentina ha avanzado en un proceso de profunda redefinición en el papel económico y distributivo del Estado, apuntando –entre otros objetivos- a una “refundación” de los mecanismos de asignación de mercado. Este proceso impuso modificaciones a la organización y a las estrategias de las empresas, así como también modificaciones en el balance reproductivo de los hogares y en sus estrategias de sobrevivencia y movilidad social.

Por lo tanto, el análisis de los cambios que ha experimentado la desigualdad social – en términos de evolución y distribución del ingreso- durante los años de crisis y reformas estructurales (tanto en las fases expansivas como de recesión de los ciclos económicos), así como de los cambios en los esfuerzos económicos y laborales desplegados por los hogares para mantener una determinada posición social, y el

² Al parecer este supuesto entre ambas dimensiones asume una forma más clara en los estudios empíricos. Por ejemplo, Kuznets (1955) encontró a través de un estudio de distintos países una relación tipo U invertida entre desigualdad y nivel económico, concluyendo que a medida que se comienza a crecer y lograr niveles económicos más altos la desigualdad aumenta hasta llegar a un cierto nivel económico, a partir del cual el proceso económico genera una menor desigualdad.

nivel de éxito o fracaso alcanzado por tal iniciativa, constituyen temas sustantivos de análisis y reflexión acerca del papel del mercado como asignatario de oportunidades de empleo, medios de vida y movilidad social. Sin duda, este tipo de análisis introduce así una dimensión social al necesario balance general que debe hacerse del proceso de transformación y crecimiento económico que ha experimentado nuestro país.

En este trabajo nos interesa revisar –a través de series estadísticas temporales - evidencias de los cambios ocurridos en esta materia durante el período 1990-1998, centrandó la atención en la evolución y distribución de los ingresos de los hogares, la capacidad de consumo real de los mismos y el esfuerzo económico y ocupacional realizado por las familias según su localización en la estructura social.

El análisis las series estadísticas temporales buscan mostrar cómo los procesos de heterogeneización (inclusión/exclusión) y de movilidad social (mejoras en el nivel de consumo real) se fundaron en condiciones distributivas regresivas. En este sentido, se explora esta particular evolución, dejado ver cómo el proceso de deterioro social se correlaciona con la dinámica ascendente del crecimiento de la economía en forma sistemática e independiente de las fases de expansión o recesión que atravesó el ciclo económico.

La Medición de la Desigualdad

Entre los estudios que abordan el fenómeno de la distribución del ingreso cabe mencionar los que refieren a la estructura social y al mercado de trabajo. En función de avanzar en la comprensión del problema, se retoman en este trabajo conocimientos y antecedentes acumulados en la materia. En ese marco, se han revisado diferentes propuestas orientadas a corregir los problemas de subregistro y sesgo en el análisis de tales dimensiones (CEPAL, 1991; Beccaria y Minujín, 1991; CEPA, 1993; Gasparini, 1999^a y 1999b).³

³ Los estudios iniciales del INDEC (1984), el programa ECIEL (Petrei, 1987), el proyecto Investigación de la Pobreza en Argentina (IPA), los estudios de PRONATASS (1990), los trabajos del Comité Ejecutivo para el Estudio de la Pobreza en Argentina (CEPA) (1993a, 1993b) y de la CEPAL (1991), presentan un importante marco metodológico general a partir del cual retomar el estudio de la temática de la pobreza, la distribución del ingreso y la desigualdad. Son también fuentes de consulta obligada los continuados aportes de varios programas de investigación oficiales tales como la Encuesta Permanente de Hogares (EPH-INDEC, 1995, 1998), la Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares (ENGH-INDEC, 1997), y la Encuesta de Desarrollo Social (SDS-SIEMPRO), así como también algunos trabajos particulares (Beccaria y Minujín, 1991; Beccaria, 1993; Montoya y Mitnik, 1995; Salvia, Donza y Philipp; 1997; Beccaria y López, 1996; Grandes y Gerchunoff, 1998; entre otros), y otros surgidos como parte de

En primer lugar, cabe destacar, se examina el problema de la desigualdad definiendo como unidad de análisis al hogar particular (unidad económica residencial). Se parte de considerar que en la mayoría de los casos es en esta dimensión donde se resuelven y ajustan en primera instancia –con más o menos racionalidad y oportunidad- los presupuestos, esfuerzos y balances reproductivos de las familias en función de garantizar la reproducción del grupo.

El concepto de ingreso que se aplica corresponde al relevado por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), el cual incluye ingresos monetarios mensuales de fuentes laborales (salarios, ingresos de cuenta propias y utilidades) y no laborales (intereses, rentas y jubilaciones). Lamentablemente, esta fuente ignora el valor de los ingresos no monetarios y las ganancias de capital devengadas y no realizadas, así como la renta imputable de la propia vivienda y otros bienes durables. Por otra parte, los ingresos computados representan valores netos sin considerar cargas por obligaciones fiscales.

De acuerdo con esto, la evaluación de la desigualdad puede verse afectada por problemas de subdeclaración de ingresos en diferentes fuentes y estratos. Por lo tanto, el análisis que se hace en este trabajo presenta un déficit en la estimación del nivel de desigualdad existente. En particular, cabe reconocer problemas de subestimación derivados de la falta de información sobre las ganancias de capital, el efecto fiscal impositivo, la incidencia distributiva de los ingresos no monetarios; sobre todo de aquellos que tienen como fuente el gasto público. Sin embargo, cabe en principio suponer neutra y poco significativa la incidencia de estos factores sobre los cambios y la evolución del ingreso. Al respecto, ejercicios realizados recientemente para el período de referencia apoyan este supuesto.⁴

Por otra parte, con la finalidad de disminuir la pérdida de información y evitar los sesgos distributivos que genera la no respuesta de ingresos monetarios personales

asistencia técnica del Banco mundial (1998). Más recientemente, un importante estudio de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL, 1999) ha aportado una amplia actualización sobre la evolución de la desigualdad social en Argentina desde 1974 a la fecha.

⁴ En trabajos recientes sobre la evolución de la desigualdad distributiva durante la última década en Argentina, Gasparini (1999^a, 1999^b) recalculó las series de ingresos personales de la EPH, procurando ajustar la subdeclaración por fuente (sobre todo, ingresos de capital) a partir de información de Cuentas Nacionales de 1993. De la información presentada se desprende que la subdeclaración de ingresos lleva a una subestimación del nivel de desigualdad, pero no afecta a la evaluación de su evolución, la cual casi no se ve alterada por este factor. Por otra parte el autor también observa una clara progresividad por parte del gasto público social y una distribución aproximadamente neutral de la carga impositiva. Más aún, según Gasparini, el impacto global de la política fiscal sobre el índice de Gini habría resultado siempre elevado, no llegando sus fluctuaciones a modificar de manera sensible el patrón de comportamiento de ese indicador.

(de magnitud y efecto no constantes durante el período estudiado), se estimaron para este análisis los ingresos individuales faltantes por tipo de fuente, agregándose tales estimaciones a los ingresos totales familiares declarados.⁵

Con el objetivo de evaluar adecuadamente los factores asociados a los cambios en la evolución del ingreso, se ajustaron los ingresos totales de los hogares a valores constantes –a pesos de octubre 1998- utilizando el índice de precios al consumidor (INDEC, 1999). Asimismo, en función de adecuar el análisis de la distribución del ingreso por consumidor se ajustaron los mismos según la estructura demográfica del hogar, dividiendo el total del ingreso familiar real por la suma de adultos equivalentes de la familia siguiendo la metodología propuesta por el CEPA (CEPA, 1993^a).⁶

De esta manera, el análisis de la estructura social se hizo a través de considerar quintiles con igual número de hogares ordenados según los ingresos per capita de los mismos (ajustados por equivalente adulto)⁷. En este caso, no se siguió la práctica usual de eliminar del análisis a las familias en los que todos sus integrantes no perciben ingresos. Se siguió este criterio debido a la solución dada a la no declaración de ingresos personales, y –fundamentalmente- debido a que la presencia de hogares particulares sin ingresos monetarios en la estructura social constituye un aspecto intrínseco de la desigualdad, a la vez que una realidad empírica contrastable.

⁵ El problema de la no declaración de ingresos monetarios en las encuestas de hogares es un problema conocido. Sin embargo, son raras las ocasiones en que se atiende adecuadamente el sesgo que genera. Por lo general, las investigaciones están obligadas a excluir los registros correspondientes a perceptores y a hogares no declarantes o que responden en forma incompleta sus ingresos. Este procedimiento afecta la representatividad de la muestra, a la vez que impone un sesgo involuntario a las distribuciones cuando los perceptores u hogares excluidos no presenten características similares a las unidades con declaración completa de ingresos. Por otra parte, el perfil social de quienes no declaran ingresos varía con el tiempo debido tanto a factores contextuales como a cambios metodológicos introducidos en los procedimientos de medición (Salvia y Donza, 1999). En este trabajo se aplica un método alternativo de imputación de ingresos –por medio de la técnica de regresión múltiple-, más eficiente y menos sesgado que el procedimiento de eliminación de registros con ingresos no declarados o declaración incompleta. Ver Notas Metodológicas.

⁶ El equivalente adulto es un coeficiente que representa la cantidad de personas que forman el hogar de acuerdo con su edad y sexo en términos de sus diferentes requerimientos nutricionales de consumo. Este coeficiente toma como valor uno (1) equivalente la necesidad nutricional de un adulto varón de 30 a 59 años. El número de componentes de cada hogar es ajustado a este valor (CEPA, 1993a).

⁷ Es válido usar el símil de la repartición de una torta entre varios comensales para destacar los elementos que participan en la constitución de la desigualdad en la distribución del ingreso. En este tipo de análisis importa tanto el tamaño de la torta (el total del ingreso a repartir) como el tamaño de la porción que se debería llevar -bajo el supuesto de igualdad distributiva- y el que, por el contrario, efectivamente se lleva cada uno de los comensales. Cuando la repartición es entre grupos (estratos sociales), se debe tomar en cuenta el tamaño de cada uno de ellos, puesto que por un simple efecto aritmético tendería a observarse que los de mayor tamaño se llevarían una mayor proporción de la torta. Es por ello que en los estudios sobre la distribución del ingreso suele homogeneizarse por el tamaño de cada agregado. Con este propósito se analizarán aquí quintiles de hogares, cada uno de los cuales reúne el 20% del total de casos considerados.

Finalmente, los patrones de comportamiento económico-ocupacionales de los hogares son analizados a través del grado de utilización de fuerza de trabajo, las tasas de actividad, empleo y desocupación y el balance ingreso / consumo de los distintos estratos (quintiles) de hogares.

Cambios estructurales en las reglas sociales

Durante los primeros años de la década del '90 y después de una década de virtual estancamiento, la economía argentina –a igual que la mayoría de las economías latinoamericanas- experimentó un renovado ciclo de expansión y crecimiento. Esta recuperación tuvo lugar en el marco de medidas de ajuste y de un proceso de transformación estructural y redefinición del papel del Estado y de los mercados. Estos hechos dejaron como resultado modificaciones sustantivas en la organización y el funcionamiento de la economía, en la orientación de las políticas públicas y en los comportamientos de los actores políticos y sociales.⁸

Como consecuencia de este proceso la economía experimentó durante los primeros años de la década del noventa un crecimiento importante del producto y una mejora en la mayoría de las variables macroeconómicas, entre las que cabe destacar la sostenida estabilidad de los precios internos y el aumento del gastos social. Sin embargo, las transformaciones ocurridas también tuvieron un impacto en sentido inverso sobre las relaciones laborales, las oportunidades de empleo y el funcionamiento general del mercado de trabajo⁹. Al respecto, son efectos evidentes de esta doble tendencia: la mayor precarización del trabajo asalariado, el incremento acelerado del desempleo y la desvalorización de las instituciones que tuvieron tradicionalmente a su cargo la defensa y regulación de los tradicionales derechos sociales y laborales¹⁰.

⁸ A partir de 1990 comenzó a implementarse en Argentina un conjunto de medidas orientadas a lograr un cambio estructural de la economía y del Estado. Pero fue especialmente a partir del "Plan de Convertibilidad" (marzo de 1991) que tuvo lugar la concreción de un programa de estabilización y de reformas estructurales. En principio, estas medidas redefinieron en forma profunda y efectiva las condiciones de funcionamiento del sistema económico.

⁹ En este sentido, son diversos los estudios que dan cuenta de las consecuencias regresivas que ha tenido el cambio estructural sobre el nivel de empleo y la situación ocupacional en todos los mercados urbanos de Argentina (Monza, 1993, 1995; Beccaria y López, 1994; Canitrot, 1995). La reducción de puestos de trabajo en el sector formal, por una parte, y la mayor oferta laboral, por otra, habrían tenido un papel importante en el incremento del sector informal y del empleo precario (Bour, 1995). Asimismo, se reconoce el efecto negativo de la política oficial orientada a establecer un marco legal más flexible sobre las condiciones de trabajo y el salario (Marshall, 1994); con el especial interés de lograr una reducción del costo laboral (Bour, 1995).

¹⁰ Al respecto, algunos trabajos sostienen la existencia de una fuerte correlación entre la situación recesiva e inflacionaria de la economía, la distribución regresiva del ingreso y el debilitamiento de las instituciones

La reforma del Estado, la apertura externa y los procesos de privatización se sumaron a esta misma tendencia. Por otra parte, el aumento neto del desempleo parece haber estado asociado tanto a efectos de modernización y cambio tecnológico como a comportamientos expansivos registrados por la oferta laboral (Monza, 1995; Canitrot, 1995).

Pero después de tres años de continuado crecimiento económico comenzó a evidenciarse una cierta retracción productiva. En efecto, a mediados de 1994 la economía comenzó a mostrar síntomas de enfriamiento y crecientes dificultades de orden fiscal. La crisis mexicana ocurrida a fines de 1994 potenció aún más estos desequilibrios¹¹. De esta manera, a fines del primer trimestre de 1995 dio comienzo una profunda y prolongada fase recesiva que tuvo impacto directo sobre la inversión y el consumo, lo cual generó la caída de la recaudación impositiva y el consecuente agravamiento del déficit fiscal. El sector empresarial debió ajustar reduciendo su estructura de costos productivos¹². La situación generó un nuevo incremento de la desocupación abierta, el subempleo visible y el subempleo oculto. La recesión impactó mucho más en el sector de no transables y, por lo tanto, sobre la demanda total de fuerza de trabajo.

Sin embargo, la recesión económica fue de corta duración. El equilibrio financiero del Estado, la recuperación de la confianza internacional, la reactivación Brasil y el crecimiento de los precios de los productos de exportación, oferta de créditos, entre otros factores, permitieron una rápida recuperación de la actividad económica. En efecto, a partir del segundo semestre de 1996, la economía superó la etapa crítica del

gremiales y sociales en general (Beccaria, 1991, 1993). En el caso argentino, este panorama se habría visto potenciado aún más con la crisis del sector público y el deterioro de los servicios prestados por el Estado. Por otra parte, el conjunto de reformas económicas e institucionales emprendidas durante estos últimos años habrían propiciado una menor intervención del Estado en la regulación de las relaciones salariales y en el proceso de reproducción social de la fuerza de trabajo (Cortés y Marshall, 1991, 1998).

¹¹ La crisis mexicana, a fines de 1994, detuvo primero y luego revirtió la afluencia de capitales externos a la Argentina. Entre diciembre de 1994 y mayo de 1995 disminuyeron alrededor de un 15% los depósitos bancarios. Ante este factor la economía argentina comenzó a presentar, a partir de 1995, una situación recesiva sin capacidad de recuperación en el corto plazo.

¹² Si bien resulta difícil evaluar los costos laborales medidos en dólares, dos tendencias contrapuestas parecen haber prevalecido. Por un lado, con independencia de la participación de los gremios, las comisiones internas habrían renegociado a la baja los salarios vigentes. Por el otro, fueron reimplantados, a partir de abril de 1995, los niveles de contribuciones patronales que recién a finales de año y de manera fraccionada se volvieron a reducir. Un reciente estudio de FIEL mostraría una disminución de los costos salariales en la industria del 16% entre 1994 y 1995 (FIEL, 1996).

efecto Tequila, dando inicio con éxito a una nueva fase de inversión y crecimiento interno y con expansión de las exportaciones a nivel regional.¹³

Esta evolución significó en los hechos un aumento neto en la demanda de puestos de trabajo, un mejoramiento relativo en el empleo y una caída de la tasa de desocupación¹⁴. En cualquier caso, el cambio de tendencia –si bien real desde el punto de vista económico- no logró alterar sustancialmente el elevado déficit ocupacional acumulado durante los años anteriores en el mercado laboral. Esta tendencia se mantuvo vigente hasta fines de 1998, pero siendo paulatinamente debilitada frente a los efectos de las crisis financieras internacionales y la crisis de Brasil.

En términos generales, el proceso económico y de reformas institucionales de los '90 muestra un balance netamente positivo a nivel de la producción, la inversión y el consumo. Sin pretender entrar en detalles sobre el alcance y la viabilidad de este modelo de crecimiento y sus perspectivas futuras, cabe agregar al análisis el balance social y de bienestar que ha dejado este proceso económico.

El balance social del crecimiento económico

¿Qué relación se observa entre la etapa reciente de cambios estructurales y la evolución de la desigualdad social? Asimismo, ¿en qué medida el esfuerzo económico-laboral de los hogares intervino sobre esta relación afectando en algún sentido el balance final?

En primer lugar, cabe señalar que el problema del crecimiento de la desigualdad no constituye un fenómeno reciente ni tampoco de carácter exclusivamente local. El crecimiento en la desigualdad en la distribución del ingreso es un fenómeno instalado desde mediados de la década del '70 –con más o menos intensidad- en la mayoría de las economías nacionales, con fuerte incremento en la década del '80 y del '90 en casi toda América Latina.

¹³ Cabe destacar que el crecimiento de la actividad alcanzó a todos los sectores de la economía, siendo liderado por los sectores productores de mercancías, los cuales crecieron un 9,7%, contra un 6,7% por parte de los productores de servicios. Dentro del primer grupo, la actividad de construcción se destacó como el sector más dinámico, previéndose un crecimiento anual de esta actividad superior al 20%.

¹⁴ La elasticidad empleo / producto alcanzó 0,95 puntos porcentuales, siendo este un guarismo que supera holgadamente el 0,13 promedio del período 1990-1996.

En el caso argentino, de acuerdo con un estudio reciente (Gasparini, 1999^a) y otros anteriores que lo confirman (Beccaria y Minujín, 1991; Beccaria, 1993 ; Montoya y Mitnik, 1995), la evolución de la desigualdad durante las últimas tres décadas - medida para el Gran Buenos Aires sobre la distribución del ingreso monetario total familiar o a través de la distribución del ingreso per cápita familiar- confirma que el crecimiento de la inequidad no constituye un fenómeno nuevo, sino que, por el contrario, la desigualdad viene creciendo en forma acelerada y casi sostenida durante los últimos 25 años.

El análisis histórico muestra la existencia de tres períodos claramente diferenciados: a) desde principios de los setenta hasta mediados de la década la desigualdad era comparativamente baja y estable; b) desde mediados de los setenta hasta principios de los ochenta la desigualdad creció muy fuertemente, y c) desde principios de los ochenta a mediados de los noventa, la desigualdad ha evolucionado de manera oscilatoria, pero con un patrón claramente creciente. Las etapas de aumento más acelerado se dieron entre 1974 y 1980, entre 1986 y 1989 y entre 1994 y la actualidad.

Habiendo enfocado nuestra atención durante la reciente etapa de reformas y cambios estructurales, resulta necesario revisar con mayor detenimiento y precisión la evolución seguida por la distribución del ingreso familiar en el Gran Buenos Aires durante el período 1990-1998. En este caso, el análisis de la distribución de ingreso se hace por quintiles de hogares según ingresos per cápita ajustados por equivalente adulto y con estimación de no declaración de ingresos personales.

El Cuadro 1 muestra que durante el período analizado, luego de una relativa estabilidad inicial, la desigualdad en la distribución del ingreso per cápita aumentó por una mayor concentración del ingreso en los hogares del quinto quintil –sobre todo a partir de 1993 y 1994-. Los niveles de desigualdad alcanzados al final de período superan holgadamente los niveles críticos de principio de la década. Por otra parte, no sin oscilaciones y retracciones, los hogares de estratos medios lograron mantener estable su participación, pero en la mayoría de los años también a costa de los sectores de más bajos ingresos.

Cuadro 1
Distribución del ingreso familiar por quintil de hogares según ingresos ajustados por equivalente adulto. Gran Buenos Aires: 1990-1998
 -En porcentaje sobre el total-

Quintil	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
1°	7,7%	7,8%	7,4%	6,6%	6,8%	6,3%	6,4%	6,2%	6,1%
2°	13,7%	12,7%	11,0%	11,9%	11,6%	10,7%	11,3%	11,3%	10,8%
3°	15,3%	15,4%	17,5%	16,2%	15,8%	15,1%	15,6%	16,1%	14,8%
4°	21,6%	21,5%	23,2%	22,7%	22,8%	20,7%	22,3%	22,7%	22,4%
5°	41,6%	42,6%	41,0%	42,7%	42,9%	47,2%	44,5%	43,8%	45,9%
Rel. 5/3+4	1,1	1,2	1,3	1,1	1,1	1,3	1,2	1,1	1,2
Rel. 5/1+2	1,9	2,1	2,2	2,3	2,3	2,8	2,5	2,5	2,7
Rel. 5/1	5,4	5,5	5,5	6,5	6,3	7,5	7,0	7,1	7,5

Fuente: Instituto Gino Germani, FCS, UBA, con base en datos de la EPH, INDEC (Octubre 1990-1998).

En efecto, entre 1990 y 1998, se observa como saldo global del proceso económico – tanto de la fase de recuperación económica como de crisis recesiva-, un aumento significativo de la desigualdad y la polarización social a partir de una mayor concentración de los ingresos en el último quintil, en perjuicio especialmente de los hogares de los grupos sociales más vulnerables (40% de los hogares más pobres).

Evolución del bienestar general de los hogares

Sin duda, un fin legítimo de toda sociedad es aumentar el bienestar general. En este sentido, una menor desigualdad en la distribución del ingreso puede contribuir a ese objetivo. Pero este factor no constituye una condición necesaria ni suficiente para tal fin. La distribución puede ser más desigual, pero si, por ejemplo, los ingresos reales de las personas y de las familias aumentan, el bienestar de la sociedad mejora a pesar de la mayor desigualdad distributiva. Por otra parte, los cambios demográficos, las necesidades de consumo y el esfuerzo económico y laboral de los hogares para lograr tal bienestar también debe ser considerado en el balance.¹⁵ La sólo

¹⁵ En efecto, no sólo la evolución de la economía orientan las oportunidades de bienestar. También la cantidad y la composición de los hogares (demanda teórica de consumo mínimo) y el número de preceptores por hogar (esfuerzo económico efectivo) son factores que inciden en forma directa sobre las capacidades de consumo y de concentración del ingreso por parte de los hogares.

consideración del número de perceptores no ofrece una imagen completa del esfuerzo económico que realizan los hogares en dirección a cubrir sus estrategias de reproducción o movilidad social.

Una mejor aproximación a esta dimensión debe también considerar el esfuerzo puesto en buscar trabajo o generar ingresos no monetarios, así como el trabajo dedicado a la reproducción doméstica¹⁶. Debido a un déficit de información, sólo consideraremos aquí el número de miembros activos y ocupados por hogar (personas que trabajan o buscan trabajo). Por otra parte, si bien no es ésta la única estrategia, la necesidad de ingresos monetarios por parte de los grupos domésticos está casi siempre vinculada a estrategias laborales de aumento en el número de miembros ocupados.

Por lo tanto, la efectiva evaluación del impacto del proceso económico y de los cambios institucionales sobre las condiciones de vida de las familias requiere revisar la evolución de los ingresos monetarios de los hogares, así como analizar y controlar los componentes que influyen sobre la distribución del bienestar y sus posibilidades de comparación en el tiempo: cantidad de hogares, consumidores (personas y equivalentes adultos) y perceptores, así como también número de personas económicamente activas por hogar (que trabajan o no trabajan y buscan empleo).

En principio, los resultados que se presentan el Cuadro 2 dan cuenta de un incremento –entre 1990 y 1998- tanto en los ingresos globales como en los ingresos medios por hogar y por consumidor (ajustado por equivalente adulto), así como también en el ingreso medio de los perceptores.¹⁷ En este sentido, si bien el incremento no fue constante ni parejo en todos los componentes, el saldo final resulta altamente positivo –independientemente de los ciclos económicos- en todos los indicadores analizados. Sin embargo, es necesario ser más cuidadoso en las conclusiones al interpretar el alcance y sentido de esta evolución.

¹⁶ Cabe destacar que los hogares con miembros activos no sólo diseñan estrategias laborales de mercado para garantizar su sobrevivencia o movilidad social. En cualquier caso, deben siempre disponer de recursos y tiempo para la realización de las tareas domésticas. Indiscutiblemente, tales actividades, realizadas por los miembros del hogar o por trabajadoras domésticas remuneradas, constituyen y representan tiempo o costo efectivo de trabajo y por lo tanto deberían ser consideradas como parte del esfuerzo económico que realiza el grupo en función de su propia supervivencia. Lamentablemente, debido a las limitaciones que presenta la información disponible, esta dimensión del problema no es considerada en este análisis.

¹⁷ Este indicador (ingreso medio por perceptor) proporciona una medida directa del desenvolvimiento de la economía, en tanto que es un reflejo sintético de la manera como fluyen los logros y las dificultades macroeconómicas hacia la población.

Cuadro 2
Ingresos Monetarios. Gran Buenos Aires: 1990-1998.
Promedio de ingresos por hogar, perceptor y consumidor.
 -En pesos de octubre de 1995 y en Base 100= Octubre de 1991-

Ingresos	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
Ingreso de Hogares (en millones de pesos)	2.832	3.651	4.151	4.384	4.175	4.005	3.793	4.147	4.372
Base 1990=100	100	129	147	155	147	141	134	146	154
Por Hogar (en pesos)	874	1.125	1.240	1.292	1.222	1.174	1.105	1.179	1.225
Base 1990=100	100	129	142	148	140	134	126	135	140
Por Perceptor (en pesos)	517	655	717	746	738	716	677	705	735
Base 1990=100	100	127	139	144	143	138	131	136	142
Per Capita (en pesos)	320	410	448	470	456	440	411	443	463
Base 1990=100	100	128	140	147	142	137	129	139	145

Fuente: Instituto Gino Germani, FCS, UBA, con base en datos de la EPH, INDEC (Octubre 1990-1998).

Al respecto, los Cuadro 3 y 4 amplían la información y nos remite a los cambios sucedidos en la estructura social y en las estrategias económicas familiares:

- a) Junto al aumento de los ingresos por perceptor se observa una baja capacidad de apropiación efectiva. Esto se advierte a partir del aumento inicial y posterior caída en el número de perceptores por hogar;
- b) A pesar de ellos, se logra un un mejor balance en la demanda de consumo por unidad doméstica. Esto se observa gracias a la estabilidad inicial y posterior disminución del tamaño medio de los hogares;
- c) Esto mismo permitió un comportamiento relativamente estable de la tasa de dependencia (relación consumidor/ perceptor);
- d) Al mismo tiempo, tuvo lugar un incremento significativo de la oferta laboral – aunque con bajo éxito ocupacional y alta desocupación-, lo cual expresa una estrategia fallida de aportar mayor esfuerzo económico-laboral por parte de los hogares.

Cuadro 3
Personas, Equivalente Adultos, Perceptores por Hogar
y Tasa de Dependencia. Gran Buenos Aires: 1990-1998
 -Promedio de personas, equivalente adultos y perceptores-

Componentes de los Hogares	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
Personas por Hogar	3,44	3,45	3,47	3,43	3,35	3,34	3,36	3,31	3,30
Base 1990=100	100	100	101	100	97	97	98	96	96
Equivalente Adultos	2,73	2,74	2,77	2,75	2,68	2,67	2,69	2,66	2,65
Base 1990=100	100	100	101	101	98	98	98	97	97
Perceptores	1,69	1,72	1,73	1,73	1,66	1,64	1,63	1,67	1,67
Base 1990=100	100	102	103	103	98	97	97	99	99
Eq. Adul./Perceptores	1,61	1,59	1,60	1,59	1,61	1,63	1,65	1,59	1,59
Base 1990=100	100	99	99	99	100	101	102	99	99

Fuente: Instituto Gino Germani, FCS, UBA, con base en datos de la EPH, INDEC (Octubre 1990-1998).

Cuadro 4
Población Activa, Ocupados y Desocupados por Hogar.
Gran Buenos Aires: 1990-1998
 -Promedio de activos, ocupados y desocupados -

Fuerza de Trabajo en Hogares	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
Población Activa	1,38	1,40	1,44	1,48	1,44	1,47	1,50	1,49	1,49
Base 1990=100	100	101	104	107	104	106	108	108	108
Ocupados	1,30	1,33	1,35	1,34	1,25	1,21	1,22	1,28	1,30
Base 1990=100	100	102	104	103	96	93	94	98	100
Desocupados	0,08	0,07	0,10	0,14	0,19	0,26	0,28	0,21	0,20
Base 1990=100	100	90	117	173	229	310	343	258	240

Fuente: Instituto Gino Germani, FCS, UBA, con base en datos de la EPH, INDEC (Octubre 1990-1998).

Por otra parte, cabe destacar que esta tendencia no siguió una evolución constante a lo largo del período 1990-1998. En la primera fase de ajuste, reestructuración y posterior reactivación económica –entre 1990 y 1993- el mayor bienestar general de las familias y de los consumidores se debió fundamentalmente a aumentos en el ingreso por perceptor y en el número de perceptores por hogar –en particular, a partir de un aumento en utilización de fuerza de trabajo-. Este incremento en los ingresos por perceptor, junto a un aumento en el número de perceptores no laborales, permitieron en 1993 –año en que creció en forma significativa la desocupación

cesante- que la pérdida de perceptores laborales tuviera un bajo impacto negativo en los ingresos familiares y por consumidor.

Entre 1994 y 1996 – poco antes de la Crisis del Tequila y durante su etapa más crítica – el nivel de ingreso familiar y por consumidor cayó a nivel general como efecto directo de una disminución del número de perceptores (concomitante con la caída de fuerza de trabajo ocupada y el aumento explosivo que registró la desocupación durante este período), y una baja de ingresos en los perceptores sobrevivientes. Ante esta situación los hogares parecen haberse protegido a través de una disminución en el tamaño medio de los mismos (tanto de población total como por equivalente adulto).¹⁸

Por último, entre 1997 y 1998 – en el contexto de una nueva reactivación del ciclo económico- los ingresos por hogar y por consumidor volvieron a aumentar, aunque en menor medida que los ingresos totales. Este nuevo incremento del bienestar económico se debió principalmente a una recuperación en los ingresos, y, en segundo lugar, a un mayor número de perceptores laborales. Al tiempo que las necesidades de consumo por hogar continuaron descendiendo junto a una nueva – aunque menor- disminución del tamaño medio de los grupos familiares.

Es significativo observar en este período que a pesar de haberse registrado una recuperación en el número de trabajadores perceptores de ingresos, junto a un nuevo “achicamiento” demográfico y un aumento de los ingresos por perceptor, la oferta general de fuerza de trabajo de los hogares no se redujo.

Desigualdad en la distribución del bienestar y el esfuerzo económico

El análisis de los datos elaborados a nivel agregado muestra, en términos generales –y a pesar de los ciclos recesivos y del aumento de la desocupación- un saldo de bienestar económico francamente positivo para los hogares del Gran Buenos Aires. En este sentido, estos datos son coincidentes con la evolución seguida por los indicadores macroeconómicos. ¿Pero en qué medida esta evolución fue pareja interior de la estructura social y redujo la brecha social generada durante la década anterior?

¹⁸ Si bien las evidencias no resultan del todo contundentes, este fenómeno parece haber estado fundamentalmente asociado a un aumento social o demográfico en la formación de nuevos hogares, más que a estrategias migratorias.

El análisis por quintiles de hogares según ingresos por equivalente adulto de los mismos indicadores -ingresos por hogar, perceptor y consumidor, así como número de personas, equivalente adultos, perceptores, ocupados y desocupados por hogares permite representar en forma adecuada la evolución del bienestar y de los cambios sociales sucedidos al interior de la estructura distributiva. Los cuadros que siguen (del 5 al 7) remiten a este problema. Del análisis comparativo de las series es posible inferir:

Reestructuración y Reactivación Productiva

- a) La etapa de reestructuración económica con reactivación del empleo y de los ingresos –entre 1990 y 1993- permitió a los quintiles de hogares más pobres una mejora real en los ingresos. Este mayor bienestar (mayores ingresos por equivalente adulto) fue posible en estos hogares debido fundamentalmente a un incremento en los ingresos por perceptor, junto a una caída del tamaño medio de los hogares y a un aumento en el número de perceptores y trabajadores ocupados.
- b) Al mismo tiempo, cabe observar que aquellos hogares de estos quintiles que durante este período pudieron aumentar el número de perceptores, tuvieron una movilidad ascendente en la estructura distributiva al lograr un mayor aumento en los ingresos por equivalente adulto. Pero sólo lograron este ascenso aquellos hogares con más recursos en fuerza de trabajo –y, seguramente, más ventajas en capital humano- que pudieron aumentar los perceptores laborales.
- c) Por el contrario, los hogares de los quintiles bajos o intermedios, con mayor demanda de consumo y menor capacidad productiva, no pudieron acceder a las mayores oportunidades que ofrecía el mercado; por lo tanto, tuvo lugar en ellos una caída relativa en la estructura distributiva (a pesar de lo cual mejoraron su nivel de bienestar debido a la mejora en los ingresos por perceptor). De ahí que se observe una baja en el tamaño medio de los hogares de los primeros quintiles y un aumento en el de los intermedios y último.
- d) En el otro lado de la estructura social, los hogares de más altos ingresos –de menor tamaño relativo y mayor capital humano- registraron un mayor bienestar general, debido en este caso únicamente a mayores mejoras en el ingreso por perceptor. Esto, incluso, a pesar del aumento registrado en el tamaño y demanda de consumo medio.

Desaceleración y Crisis Recesiva

- e) Durante la primera crisis recesiva del modelo de crecimiento y durante la etapa del efecto Tequila –entre 1994 y 1996-, no sólo se registró un aumento de la desigualdad en la distribución (Cuadro 1), junto a una caída general del empleo y de los ingresos y el bienestar –sobre todo en 1995-, sino también en la evolución del bienestar y el esfuerzo económico de los hogares.
- f) Al respecto, destaca el hecho de que fue mayor el perjuicio económico en los sectores bajos y medios como efecto de una mayor pérdida de ingresos por perceptor. Los ingresos de los estratos más bajos cayeron por debajo de los alcanzados en 1991 (primer año de la reactivación). Por otra parte, cabe tener en cuenta que en el 20% de los hogares más pobres y en el tercer quintil de hogares, esta caída tendió a ser menos pronunciada debido a un mayor aporte relativo de perceptores como efecto de una nueva movilidad social. En realidad, estos quintiles se nutrieron -durante este período- de hogares de mayor tamaño que descendieron en la escala distributiva al presentar menores ingresos por equivalente adulto.
- g) En efecto, la caída de los ingresos por perceptor y la reducción de perceptores laborales afectaron en mayor medida -junto a un muy probable descenso en la estructura social- a los hogares de mayor tamaño y menor capital humano. En sentido inverso, los hogares de los estratos medios y altos, con menor demanda de consumo y mayores recursos productivos, lograron mantenerse o, incluso, ascender en la estructura social. Justamente, por este motivo, el quinto quintil pudo mejorar su participación en el ingreso y su bienestar económico en términos absolutos.
- h) El menor tamaño promedio de los hogares a nivel general –por mayor formación de hogares- ajusta con la necesidad de optimizar el balance reproductivo y reducir los costos de la caída de los ingresos. Sin embargo, este hecho no debe conducir a engaño en cuanto al sentido del mismo. Sin duda, un factor clave en la generalización de este proceso fueron las situaciones de desintegración de grupos familiares imposibilitados de sostener en forma solidaria a todos los miembros en un momento de aumento de la desocupación y de caída en los ingresos de los hogares.

Reactivación pos Efecto Tequila

- i) Entre 1996 y 1998 –ante un nuevo ciclo de reactivación económica y junto a un incremento en la demanda de empleo- se registró una recuperación del ingreso medio familiar y del ingreso por consumidor especialmente entre los sectores medios, los cuales lograron así recuperar parte del bienestar perdido durante la crisis. En este caso, este movimiento fue posible gracias a un aumento en los ingresos por perceptor y, en menor medida, a una mayor número de perceptores laborales.
- j) Por el contrario, en el 40% de los hogares más pobres, la leve mejora registrada tuvo lugar sobre todo gracias a un aumento en el esfuerzo laboral, expresado en un mayor número de perceptores ocupados, muy probablemente a través de empleos más precarios. En particular, el 20% más pobre registra incluso una nueva caída en los ingresos por perceptor. En cualquier caso, si bien los ingresos de los hogares de estos estratos superaron los niveles críticos de 1990, no alcanzaron los de 1991.

El Balance Final

Tal como hemos podido analizar, los cambios estructurales orientados por el mercado no sólo fueron procesando una mayor desigualdad social –medida en términos de distribución del ingresos-, sino también una evolución más regresiva y heterogénea del bienestar económico y del esfuerzo social necesario para alcanzar una cuota igual de oportunidades de consumo.

La situación económica de los hogares, en 1998, en comparación con la registrada en 1991 (después de la crisis hiperinflacionaria de 1989-1990), es claramente desfavorable para los sectores más bajos de la estructura social. En efecto, las bondades distributivas del crecimiento económico alcanzaron casi exclusivamente a los hogares de medianos y altos ingresos. Fueron estos los únicos estratos donde el balance final resulta neutro o positivo: incremento en los ingresos familiares y por consumidor a través de un menor o igual esfuerzo económico-laboral, incluso en el caso de tener que sostener una mayor carga reproductiva de consumidores.

Por el contrario, los hogares más pobres –a pesar de un mayor y sostenido esfuerzo laboral- presentan fuerte correlación negativa con respecto al crecimiento que registró el consumo per capita global. Al respecto, es necesario subrayar el mayor costo social y económico que implica para los hogares de bajos ingresos la realización de

un mayor esfuerzo laboral de mercado ¹⁹. De esa manera, en estos hogares el balance presenta un resultado muy distinto: bajo nivel de ingresos reales junto a una mayor carga económico-laboral en el mercado y reproductiva al interior del hogar. El desequilibrio natural que generó esta situación en el balance reproductivo tendió a ajustarse a través de una reducción en número de consumidores por hogar. Una hecho que cabe interpretar –en el caso de los estratos más bajos- como ruptura de lazos de integración y solidaridad al interior de los hogares.

Por otra parte, el análisis realizado muestra que el intentar y realizar un mayor esfuerzo laboral fue para la mayoría de los hogares del Gran Buenos Aires una estrategia casi obligada en función de poder recuperar la caída que experimentaron los ingresos y el consumo –antes y durante el proceso de reestructuración económica-. En particular, esto fue así en el 60% de los hogares de ingresos bajos y medios. Sin embargo, este mayor esfuerzo general no fue igualmente exitoso, ni los resultados generados –en términos de ingresos por perceptor- fueron igualmente satisfactorios.

Al respecto, parece evidente que las políticas de reestructuración implementadas y la evolución del ciclo económico también agravaron las condiciones de desigualdad social en el campo de las oportunidades de empleo e ingresos laborales. En efecto, la diferencia que existe entre el esfuerzo laboral empeñado y el resultado efectivamente alcanzado estuvo fundamentalmente relacionada con las oportunidades de empleo y de ingresos a las que accedieron los hogares. De los datos procesados se desprende una clara polarización social en el grado de éxito (medido en términos de ocupación e ingreso de la ocupación) que tuvo la estrategia familiar de ampliar el número de perceptores laborales, según haya sido la posición de los hogares en la estructura social, sus características demográficas y la disponibilidad de recursos productivos. Este hecho se pone de manifiesto a través de las diferentes variaciones experimentadas por el tamaño de los hogares, por el número de ocupados y desocupados y por los ingresos por perceptor en cada estrato.

¹⁹ Por lo general, estos hogares están obligados a concentrar -por sus características y composición- importantes recursos en la reproducción doméstica, y el incremento del esfuerzo laboral de mercado implica una mayor autoexplotación familiar o un déficit en la reproducción de la fuerza de trabajo. En términos generales, el balance reproductivo establece que, manteniéndose constante el resto de los factores, un aumento del esfuerzo laboral de mercado tiende a reducir el tiempo destinado al ocio o a la reproducción y a la vida doméstica por parte de alguno o de todos los miembros en edad activa. De la misma manera que una disminución voluntaria del esfuerzo laboral de mercado significa un aumento del tiempo destinado al ocio o a la reproducción en favor del grupo (Mingione, 1993).

Hasta aquí, las evidencias presentadas permiten verificar que el proceso de modernización económica en Argentina - a pesar de los excelentes indicadores económicos- ha dejado como balance un inestable reparto de oportunidades de bienestar en la estructura social medida a nivel de los hogares del Gran Buenos Aires. En cualquier caso, creemos haber podido dar algunas evidencias acerca de que la creciente desigualdad no fue sólo el resultado del aumento del desempleo, sino también -sobre todo en períodos de expansión- en el nivel de los ingresos en términos distributivos. La pérdida neta de puestos de trabajo, la precarización de las relaciones laborales y la caída de los salarios, en un contexto de reforma y cambios institucionales, parecen haber operado en todo momento -en forma discriminada y eficaz- en favor del aumento de la desigualdad social.

En este sentido, el estudio confirma que el proceso de transformación estructural que viene atravesando la economía argentina, dejando a las relaciones de mercado como principal protagonista de la asignación de recursos, ha tenido un impacto heterogéneo, de alto costo social y no equitativo sobre las condiciones de vida y los balances de las familias, los consumidores, los perceptores y los trabajadores, dependiendo de su localización en la estructura social.

De esta manera, se impone como nuevo problema el estudio de los factores institucionales y sociales que hacen posible este proceso de concentración del ingreso y desigual distribución del bienestar -novedoso en cuanto a su carácter y funcionalidad dada la nueva institucionalidad dominante-, y de las formas posible de su resolución, sin que ello implique afectar los procesos de modernización económica.

Más aún, tomando en cuenta que son los propios mercados y las condiciones de gobernabilidad los que parecen requerir -cada vez con mayor fuerza- de un sistema más abierto y flexible de apertura de oportunidades sociales, de garantías de movilidad social y de equilibrio en las formas de recargar los costos de las crisis y de repartir los beneficios del progreso económico.

Cuadro 5
Ingreso medio familiar, por equivalente adulto y por perceptor
según quintil de hogares. Gran Buenos Aires: 1990-1998

-En pesos de octubre de 1998 y en Base 100 = Octubre de 1990-

	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
1° Quintil									
Ingreso por Hogar	329	430	451	419	412	365	349	361	365
	100	131	137	127	125	111	106	110	111
Ingreso por Equiv. Adulto	93	122	130	125	119	102	96	101	99
	100	130	139	134	128	109	103	109	107
Ingreso por Perceptor	261	323	354	336	332	292	275	282	277
	100	124	136	129	128	112	106	108	106
2° Quintil									
Ingreso por Hogar	590	702	668	753	701	617	616	656	653
	100	119	113	128	119	105	104	111	111
Ingreso por Equiv. Adulto	181	224	243	251	241	213	209	226	224
	100	124	135	139	133	118	116	125	124
Ingreso por Perceptor	346	411	413	441	435	380	383	399	402
	100	119	119	127	126	110	111	115	116
3° Quintil									
Ingreso por Hogar	657	853	1065	1026	954	872	850	937	893
	100	130	162	156	145	133	129	143	136
Ingreso por Equiv. Adulto	264	323	355	375	362	325	325	351	360
	100	122	134	142	137	123	123	133	136
Ingreso por Perceptor	385	457	555	548	531	478	485	514	509
	100	119	144	142	138	124	126	133	132
4° Quintil									
Ingreso por Hogar	928	1191	1413	1441	1374	1191	1217	1320	1350
	100	128	152	155	148	128	131	142	145
Ingreso por Equiv. Adulto	391	487	549	572	556	523	521	569	592
	100	125	141	146	142	134	133	146	152
Ingreso por Perceptor	483	622	713	727	737	675	669	708	717
	100	129	148	151	153	140	139	147	149
5° Quintil									
Ingreso por Hogar	1787	2357	2503	2711	2585	2721	2429	2550	2764
	100	132	140	152	145	152	136	143	155
Ingreso por Equiv. Adulto	857	1158	1186	1242	1294	1360	1237	1345	1405
	100	135	138	145	151	159	144	157	164
Ingreso por Perceptor	976	1341	1367	1485	1479	1579	1435	1472	1585
	100	137	140	152	151	162	147	151	162

Fuente: Instituto Gino Germani, FCS, UBA, con base en datos de la EPH, INDEC (Octubre 1990-1998).

Cuadro 6
Personas, Equivalente Adultos y Perceptores Familiares según quintil de hogares. Gran Buenos Aires: 1990-1998

-Promedio de personas, equivalente adultos y perceptores-

	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
1º Quintil									
Personas	458	453	448	430	441	455	460	450	464
	100	99	98	94	96	99	100	98	101
Equiv. Adulto	352	354	348	335	345	357	362	355	367
	100	100	99	95	98	101	103	101	104
Perceptores	126	133	128	125	124	125	127	128	132
	100	105	101	99	98	99	101	102	105
2º Quintil									
Personas	409	395	349	378	363	362	369	363	365
	100	96	85	92	89	88	90	89	89
Equiv. Adulto	326	314	275	300	291	290	295	290	291
	100	96	84	92	89	89	90	89	89
Perceptores	170	171	162	171	161	162	161	165	162
	100	101	95	101	95	95	95	97	95
3º Quintil									
Personas	311	331	370	339	328	331	323	331	307
	100	106	119	109	105	106	104	106	98
Equiv. Adulto	249	264	300	273	263	268	261	267	248
	100	106	121	110	106	108	105	107	100
Perceptores	171	187	192	187	180	182	175	182	175
	100	109	112	109	105	106	102	106	102
4º Quintil									
Personas	295	303	318	309	303	283	289	284	280
	100	103	108	105	103	96	98	97	95
Equiv. Adulto	237	244	257	252	247	228	234	232	228
	100	103	108	106	104	96	98	98	96
Perceptores	192	191	198	198	186	176	182	186	188
	100	100	103	103	97	92	95	97	98
5º Quintil									
Personas	259	253	262	269	246	246	242	235	241
	100	98	101	104	95	95	94	91	93
Equiv. Adulto	208	204	211	218	200	200	196	190	197
	100	98	101	105	96	96	94	91	94
Perceptores	183	176	183	183	175	172	169	173	174
	100	96	100	100	96	94	93	95	95

Fuente: Instituto Gino Germani, FCS, UBA, con base en datos de la EPH, INDEC (Octubre 1990-1998).

Cuadro 7
Población Activa, Ocupados y Desocupados según Quintil de Hogares
Gran Buenos Aires: 1990-1998

-Promedio de activos, ocupados y desocupados cada 100 hogares-

	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
1° Quintil									
Activos	115	118	123	120	134	151	164	152	155
	100	102	107	105	117	132	143	132	135
Ocupados	96	102	99	90	92	97	101	106	107
	100	106	104	94	96	101	105	111	112
Desocupados	19	16	24	31	43	55	64	46	49
	100	84	127	161	224	287	334	241	255
2° Quintil									
Activos	149	141	117	138	139	146	146	147	146
	100	95	79	93	93	98	98	98	98
Ocupados	137	131	106	121	116	114	113	121	124
	100	96	78	88	85	83	82	88	91
Desocupados	12	10	11	17	23	32	33	26	23
	100	83	92	143	188	263	273	211	184
3° Quintil									
Activos	118	137	157	155	146	150	152	152	144
	100	116	133	132	124	128	129	129	122
Ocupados	114	132	149	142	130	127	128	132	128
	100	116	131	125	114	111	113	116	112
Desocupados	4	5	8	13	17	24	24	20	16
	100	140	210	335	431	617	625	528	406
4° Quintil									
Activos	153	154	168	164	154	141	147	152	153
	100	100	110	107	101	92	96	99	100
Ocupados	148	149	163	156	145	128	133	141	144
	100	101	110	105	98	86	90	95	97
Desocupados	5	4	4	8	9	13	14	11	9
	100	92	89	166	189	274	282	215	182
5° Quintil									
Activos	155	150	154	161	146	146	141	143	149
	100	96	99	104	94	94	91	92	96
Ocupados	153	148	153	157	141	139	132	138	143
	100	96	100	103	92	91	86	90	94
Desocupados	2	2	2	4	4	6	9	5	5
	100	88	80	165	207	299	398	249	252

Fuente: Instituto Gino Germani, FCS, UBA, con base en datos de la EPH, INDEC (Octubre 1990-1998).

Referencias Bibliográficas

- Becaria, L. y A. Minujín, (1991):** “Sobre la medición de la pobreza: enseñanzas a partir de la experiencia argentina”, UNICEF, Argentina.
- Beccaria, L. (1991):** Los cambios en la estructura distributiva 1975-1990, en Minujín (comp.), “Cuesta Abajo”, UNICEF/ Ed. Lozada, Buenos Aires.
- Beccaria, L. (1993):** “Estancamiento y distribución del ingreso”, en Minujin (edit.), Desigualdad y exclusión, UNICEF/ Ed. Lozada, Buenos Aires.
- Beccaria, L. Y N. López (1996):** Sin trabajo, UNICEF/Losada, Argentina.
- Bour, J.(1995):** Los cambios en la oferta de trabajo, en “Libro blanco sobre el empleo en la Argentina”, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Buenos Aires.
- Canitrot, A. (1995):** Presentación general, en “Libro blanco sobre el empleo en la Argentina”, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Buenos Aires.
- CEPA (1993):** “Evolución reciente de la pobreza en el Gran Buenos Aires 1988-1992”, MEyOSP, Secretaría de Programación Económica, Documento de trabajo N° 2, Buenos Aires.
- CEPA (1993a):** “Evolución reciente de la pobreza en el Gran Buenos Aires 1988-1992”, MEyOSP, Secretaría de Programación Económica, Documento de trabajo N° 2, Bs. As.
- CEPA (1993b):** “Necesidad básicas insatisfechas. Evolución intercensal 1980-1991”, INDEC-Secretaría de Programación Económica, Buenos Aires.
- CEPAL (1990):** “Magnitud de la pobreza en la América Latina en los años 80”, Estudios e informes de la CEPAL, Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CEPAL (1992):** “El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90”, en Tercera Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe. Santiago de Chile, noviembre.
- FIEL (1999):** “La Distribución del Ingreso en Argentina”, Documento presentado en la Reunión 1999 organizada por la Asociación de Bancos de la Argentina (ABA), Buenos Aires, 1999.
- Gasparini, L. (1999^a):** “Desigualdad en la distribución del ingreso y bienestar. Estimaciones para Argentina”, en La Distribución del Ingreso en la Argentina, Reunión 1999 de la Asociación de Bancos de la Argentina, Buenos Aires, junio de 1999.
- Gasparini, L. (1999^b):** “Un análisis de la distribución del ingreso en Argentina en base a descomposiciones”, en La Distribución del Ingreso en la Argentina, Reunión 1999 de la Asociación de Bancos de la Argentina, Buenos Aires, junio de 1999.
- Grandes, M. y P. Gerchunoff (1998):** Distribución del ingreso y mercado de trabajo en GBA: 1987 – 1997”, en 4to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, noviembre de 1998.
- Harnett, D. y J. Murphy (1987):** Introducción al análisis estadístico. Edit. Addison-Wesley Iberoamericana, Wilmington.
- INDEC (1984):** “Marco teórico y metodológico de la investigación temática”. EPH, INDEC, Buenos Aires.

- INDEC, (1992):** “Estimación de los niveles de pobreza”, memorando, 8 de octubre de 1992, Buenos Aires.
- INDEC (1995):** “Encuesta Permanente de Hogares. Desarrollo actual y perspectiva”, Documento presentado en el Seminario Internacional sobre medición del empleo, diciembre de 1995, Buenos Aires.
- INDEC (1997):** Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares 1996/97. INDEC, Buenos Aires.
- INDEC (1998):** “Encuesta a hogares: Reformulación de la Encuesta Permanente de Hogares de Argentina” Primera reunión sobre estadística pública del Instituto Interamericano de Estadística, Buenos Aires, junio de 1998.
- Kuznets (1955):** “Economic Growth and Income Inequality”, en *American Economic Review*, Vol. 45, 1955.
- Marshall, A. (1981):** “El costo de reproducción de la fuerza de trabajo. Reflexiones acerca de su estudio empírico. En S. Torrado (Comp.) Investigación e información sociodemográficas en América Latina 2. CLACSO, Serie Población y Desarrollo. Buenos Aires.
- Marshall, A. (1994):** “Participación en la fuerza de trabajo. Notas técnicas”, en *Revista Estudios de Trabajo*, ASET, N° 7, Buenos Aires.
- Mingioni, E. (1993):** “Las Sociedades Fragmentadas”. Colección Economía y Sociología del Trabajo. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, España.
- Minujín, A. y P. Vionocur (1989):** “¿Quiénes son los pobres?”, INDEC, Documentos de Trabajo, N° 10, Buenos Aires.
- Montoya, S. Y Mitnik, O. (1995):** “Evolución de la pobreza y la distribución del ingreso en Argentina” en *Novedades Económicas/ Abril-mayo 1995*, Buenos Aires.
- Monza, A. (1995):** La situación ocupacional en Argentina. Diagnóstico y perspectivas en Minujín (Comp.) “Desigualdad y exclusión”, UNICEF - Lozada, Buenos Aires.
- MEOySP (1990):** El Gasto Público Social, Vol. I y II, PRONATASS, Gobierno Argentino / BIRF / PNUD, Buenos Aires, diciembre 1990.
- MTySS (1995):** “Libro blanco sobre el empleo en la Argentina”, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Buenos Aires.
- Petrei, A. H. (1987):** El Gasto Público Social y sus Efectos Distributivos, En *Series Documentos No. 6*, ECIEL, Río de Janeiro, 1987.
- Salvia, A. (1996):** “Dinámica del Empleo, el Desempleo y la Pobreza Urbana en el Gran Buenos Aires”, Instituto Gino Germani, Fac. Cs. Ss., UBA, (mimeo).
- Salvia, A. y E. Donza (1999):** “Problemas de medición y sesgos de estimación derivados de la no respuesta completa a las preguntas de ingresos en la EPH (1990-1998)”, Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Mimeo.
- Salvia, A., Donza, E. y Philipp, E., (1997):** “Cambio estructural y distribución del ingreso: 1980-1996. Un análisis de la Evolución de la Desigualdad Social en el Gran Buenos Aires”, Documento de Trabajo N° 6, Inst. de Investigaciones Gino Germani-FCS- UBA, Buenos Aires.

Notas Metodológicas

Tratamiento de los micro-datos de la EPH

En este estudio, la unidad de análisis son los “hogares” del Área Metropolitana del Gran Buenos Aires, siendo la unidad original de recolección las personas entrevistadas por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) en cada onda. El análisis de la capacidad de consumo de los hogares se realizó tomando como base sólo los ingresos monetarios ajustados.

Con el objeto de evitar desviaciones en los ingresos y consumos del hogar, se excluyó del análisis al personal del servicio doméstico de los hogares, considerándose el salario indirecto (alimentos, gastos de servicios adicionales, etc.) que reciben estos trabajadores como gastos del hogar.

Para evitar una fuente de distorsión de la evolución del ingreso se neutralizaron las variaciones de precios producidas por la inflación, convirtiendo los diferentes valores monetarios a valores constantes de Octubre de 1997, para ello se utilizó el Índice de Precios al Consumidor - Nivel General del INDEC, permitiendo una comparación.

Para asegurar la comparabilidad en el tiempo de las diferencias entre estratos de ingresos en distintas dimensiones sociales, se requiere mantener la composición de los grupos sociales que se comparan. Sin embargo, los estratos de ingreso total (quintiles, deciles, etc.) proporcionan una mala imagen del nivel y de la distribución del ingreso de los hogares debido a que hay una fuerte relación entre el estrato en que queda situado el hogar y su tamaño. Es decir, hay una clara tendencia a que los hogares de mayor número de miembros queden ubicados en los estratos mayores que en los menores. Para eliminar este problema la clasificación de los hogares por quintiles según nivel de ingresos se realizó normalizando los ingresos monetarios totales que percibe el hogar por los “equivalentes adultos” que posee.

Los hogares que presentaban ingresos nulos en la semana de referencia de la encuesta también fueron considerados en el análisis, por entenderse que esta situación constituye una condición objetiva para los hogares. Cabe destacar que los hogares afectados por tal condición pueden percibir ingresos no monetarios. Sin embargo, el posible sesgo que pueden generar los ingresos no monetarios es despreciable ya que los mismos no presentan gran relevancia en agregados urbanos como el que nos ocupa.

La disímil cantidad de hogares de cada onda²⁰ hizo necesario la normalización de los ingresos por el número de hogares que constituye la muestra. Por medio de este control se igualan condiciones demográficas y se anulan posibles errores muestrales.

Las variaciones producidas en la cantidad de perceptores también nos obliga a realizar una normalización del ingreso por el número de perceptores existentes en cada onda. Por medio de este control es posible medir el impacto real de la economía en el mejoramiento de los ingresos de los hogares.

Otra distorsión la genera la variación en la cantidad de integrantes de los hogares y su composición²¹. Toda variación demográfica afecta la distribución de los ingresos totales generados y apropiados por cada hogar en términos reales. Por lo tanto, la consideración de los ingresos por equivalente adulto nos permite normalizar en función de los requerimientos nutricionales de los hogares, sus diversas composiciones y las variaciones que pueden darse en el tiempo.

²⁰ El total de hogares que pretende representar la muestra varía en el tiempo. Por lo que la E.P.H. actualiza, previo a la realización de cada onda, el número de sus unidades de análisis a representar en la muestra, a partir de sus propias proyecciones demográficas realizadas con información censal.

²¹ La composición y el quantum de variación demográfica de los hogares se altera en el tiempo (por modernización cultural, por agrupamiento en hogares extensos para paliar crisis, etc.) y según el nivel de ingresos de los hogares, lo cual hace necesaria una normalización apropiada. Lo que también facilita la eliminación de posibles errores muestrales.

Con estas premisas se trabajó con los microdatos de las Bases de la EPH del INDEC, ondas octubre de 1990 a 1998, realizándose un procesamiento propio de las mismas, generando nuevos archivos, variables e indicadores.

Imputación de ingresos no informados por el método de regresión

En todos los relevamientos de la EPH aparece un número de individuos que, o no contestan (no autorrespondentes) o bien, contestando el cuestionario individual no reportan sus ingresos o lo hacen por debajo de un nivel razonable para sus características personales y de inserción laboral, u otros indicadores. A partir de 1993 la EPH acepta respuestas de no autorrespondentes, las cuales padecen del mismo problema.

En cualquier caso, los encuestadores de la EPH están entrenados para registrar la no declaración como “no respuesta” o “respuesta parcial” de ingresos, garantizando la información de la fuente o fuentes de ingresos afectadas.

Con el objeto de no perder información y lograr una más precisa estimación de ingresos no declarados se realizó la imputación de valores perdidos para cada una de las preguntas referidas a ingreso en la EPH. Es decir, los ingresos no declarados se estimaron por tipo de ingreso.

La imputación de ingresos de los perceptores no declarantes se realizó por medio del procedimiento de asignación de valores ausentes basado en el método de regresión múltiple (Estimación de Valores Perdidos - Método Regresión del paquete estadístico SPSS 7.5).

La imputación se hizo para cada perceptor por tipo de ingreso no declarado para cada onda considerada ajustando un modelo de estimaciones mínimo-cuadráticas multivariado. En símbolos, la función que sirvió de base para la imputaciones se expresa: $y_{ij} = \sum b_p x_p + e_{ij}$, donde, y_{ij} , el ingreso del perceptor i en tipo de ingreso j , es una función de $\sum b_p x_p$, un vector multivariado conocido de las características sociodemográficas, ocupacionales y económicas del perceptor i , más el término aleatorio e_{ij} .

El desarrollo del vector es el siguiente: $\sum b_p x_p = b_0 + b_1x_1 + b_2x_2 + b_3x_3 + \dots + b_nx_n$, donde cada sumando representa el coeficiente de regresión de la característica predictora n para el individuo i en el tipo de ingreso j ; y x_n expresa el atributo que asume el perceptor en la variable n . Por lo tanto, para cada pregunta de ingreso: $y_{ij} = b_0 + b_1x_1 + b_2x_2 + b_3x_3 + \dots + b_nx_n + e_{ij}$

La estimación del efecto de cada una de las características consideradas y del término de error se hizo para cada onda con base en los ingresos válidos declarados en cada fuente. Hipotéticamente un perceptor puede tener un ingreso declarado y uno o más ingresos no declarados, la ecuación que lo interpreta es: $y_{Ti} = y_D + y_{J1} + y_{J..}$, donde y_{Ti} es el ingreso total del perceptor i , y_D es el ingreso declarado, y_{J1} es el ingreso estimado en el tipo de ingreso $j1$, e $y_{J..}$ es el ingreso estimado en el tipo de ingreso jn .

Las variables sociodemográficas, ocupacionales y económicas seleccionadas como predictoras fueron sexo, edad, máximo nivel de instrucción, relación con el jefe, condición de actividad, categoría ocupacional, calificación laboral, carácter de la tarea, cantidad de ocupaciones y fuente de ingreso. Las variables elaboradas para la regresión se transformaron en variables “dummy” (ficticias) dado el nivel de medición de las mismas (categorial). En el caso de la variable edad se procedió a hacer una transformación de este tipo debido a que su relación con la variable ingreso no se ajusta a una función lineal.

Debe tenerse en cuenta que la condición de no multicolinealidad entre las variables predictoras afecta la estimación de significancia del coeficiente de correlación parcial de las variables involucradas que participan del modelo, pero no su capacidad de predicción. En cualquier caso, esto último depende sólo de la bondad de ajuste del modelo de regresión. Esto así, debido a que a pesar de la multicolinealidad los estimadores mínimo-cuadráticos siguen siendo insesgados y eficientes (ver Harnett y Murphy, 1987:562).

Los modelos de regresión ajustados –para cada onda y tipo de ingreso- registraron una bondad de ajuste y capacidad predictiva aceptable. En todos los casos, a través del estadístico F del análisis de varianza, fue rechazada la hipótesis nula de que no existencia de asociación lineal en términos del coeficiente de determinación múltiple poblacional.